



LA CUMBRE EN MIAMI: CAMBIOS PARA NO CAMBIAR

Vivimos un presente de grandes cambios. En este contexto, la reunión de los presidentes de las Américas en Miami se produce cuando existe la afanosa búsqueda de un nuevo Orden Internacional. Y en el hemisferio las relaciones han alcanzado un momento crucial. Las tradicionales relaciones signadas por la dependencia y la subordinación de América Latina han alcanzado sus límites debido al despertar de los pueblos latinoamericanos. El subcontinente, después de enfrentar un tormentoso vía crucis de dificultades, empieza a dar signos de recuperación y evidencia grandes posibilidades para un desarrollo independiente. Determinado por esta nueva coyuntura, Estados Unidos se impone la revisión de sus relaciones hemisféricas, planteándose el cambio o la continuidad de sus políticas en relación al área. Este país «victorioso» de la Guerra Fría pretende como corolario organizar el mundo con un criterio etnocéntrico. Desde este punto de vista, intenta continuar controlando la economía de América Latina, signándole un rol complementario en la expansión de sus fronteras comerciales.

La intromisión norteamericana distorsionando el desarrollo independiente de América Latina tiene un largo historial desde la Guerra contra México el siglo pasado hasta la más reciente, la intervención de los marines en Haití, para «restablecer la democracia». El caso haitiano evidencia el cambio de actitud del Pentágono en relación con los militares latinoamericanos. Este cambio concreta la ruptura del imperialismo con el militarismo y le manda un mensaje de advertencia a las fuerzas armadas del continente si pretenden subvertir el orden democrático. Pero el intervencionismo continúa por otros medios más sofisticados.

En el pasado predominó la alianza entre el Departamento

de Estado y los sectores retrógrados. Durante la guerra fría con frecuencia la diplomacia norteamericana contribuyó con la «estabilización» de las tendencias derechistas y reprimió los sectores progresistas, bajo el pretexto del peligro comunista internacional. Hoy, cuando le conviene, esgrime el peligro del narcotráfico como justificación. En conjunto, la diplomacia imperial se ha orientado a mantener la diferencia entre un norte anglosajón, de gobiernos democráticos y primera potencia mundial, y un sur hispano, no desarrollado y con sistemas políticos impopulares.

Estados Unidos ha preferido, como potencia dominante, las relaciones bilaterales a las políticas globales sobre la región. De esta manera ha preservado con mayor propiedad sus intereses mediante tratados bilaterales. En los períodos en que se han formulado políticas globales, éstas surgieron supeditadas a sus intereses estratégicos y/o geopolíticos. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial la administración Roosevelt instrumentó la política del Buen Vecino para neutralizar los efectos propagandísticos del Eje. Años después, cuando surgió la amenaza formulada por la Revolución Cubana, la administración Kennedy formuló la «Alianza para el Progreso»; al continuar la misma causa de amenaza, la Administración Johnson decretó la «Década de Urgencia». Posteriormente, ante el desafío de la revolución sandinista en Centro América, la administración Bush formuló la «Iniciativa para las Américas». Pero, todas estas políticas terminaron cuando los intereses norteamericanos solventaron sus dificultades en la región.

En la actualidad, en el seno de la administración Clinton, se habla de un «Nuevo Momento en las Américas»: como el inicio de un período de equidad

y cooperación «que ofrece más esperanzas que ningún día en nuestra larga historia». Los cenáculos dirigentes norteamericanos comprenden que existe un creciente distanciamiento con la región. Lo cual podría conducir a una ruptura peligrosa para sus intereses. Empiezan a concebir una política global para tomar la iniciativa y capitalizar el «momento» creado en las relaciones hemisféricas.

Con este propósito la administración Clinton ofrece, como señuelo, el establecimiento de una ambiciosa Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) con un fabuloso potencial de 13 millones de dólares en bienes y servicio que albergará a más de 800 millones de personas para el año 2005. La sugestiva proposición de integración desde Alaska hasta la Tierra del Fuego le permitirá a Estados Unidos continuar siendo el factótum determinante de la suerte económica de América Latina. Además, le limitará los márgenes de intercambio con los mercados de Europa, Japón u otras áreas.

En el plano socio-económico las diferencias entre las dos porciones del hemisferio continúan siendo abismales. La nuestra es la parte pobre de las Américas. Según cifras recientes, suministradas por el ex presidente Patricio Aylwin, de Chile, la región cuenta con 200 millones de personas de las cuales 46% vive en condiciones de pobreza y más de 90 millones, 22% de la totalidad, en pobreza extrema, una proporción general mucho mayor que la mundial. Según cifras del Banco Mundial el Producto Interno Bruto regional de América Latina y el Caribe ronda los 1,3 billones de dólares, mientras que la economía estadounidense produce seis billones de dólares cada año. En términos de PIB per cápita, la diferencia es aún más pronunciada: con 23.240 dólares por año en 1992, el producto

por habitante en Estados Unidos era nueve veces más alto que los 2.690 dólares de América Latina. Globalmente, las 35 naciones del hemisferio occidental produjeron este año un PTB de \$ 8.000 billones de los cuales, sólo Estado Unidos produjo el 75%, con un \$ 6.000 billones. El inglés, Martin Walker, columnista del «Guardian Weekly», emplea un símil humorístico: unir las dos economías es como poner a dormir la latinoamericana en una misma cama con un elefante.

LA CUMBRE ENTRE LA REALIDAD Y LA RETORICA

Según señalaron los medios, el Presidente Clinton convocó la cumbre con tres objetivos: abrir los mercados y crear una zona de libre comercio en el hemisferio, reforzar el notable movimiento hacia la democracia que se produce en el continente y dar la posibilidad de mejorar la calidad de vida para los pueblos latinoamericanos. Al finalizar la Cumbre los objetivos fueron ampliados, notándose las influencias negociadoras de las cancillerías latinoamericanas. Al cierre del evento los dignatarios aprobaron la preservación y fortalecimiento de la democracia, la promoción de la oportunidad mediante la integración económica y el libre comercio, la erradicación de la pobreza y la discriminación de nuestro hemisferio, la garantía del desarrollo sostenible y la conservación de nuestro Medio Ambiente para las generaciones futuras. Sin embargo, triunfó la primera prioridad de los intereses norteamericanos, consistente en «abrir los mercados» e imponer el modelo neoliberal mediante una nueva alianza con las élites de poder en la región. En fin, se dolarizaron las esperanzas del «libre comercio».

Las relaciones hemisféricas continúan siendo asimétricas, caracterizadas por un intercambio desigual y adversas para América Latina. La Cumbre en estas circunstancias no pasa en lo retórico de ser para algunos, «la gran ilusión»; para otros, una «cumbre borrascosa»; o, simplemente, «the Miami Mambo». En cuanto a su contenido, el evento puede ser interpretado como un habilidoso intento de la diplomacia norteamericana para continuar mediatizando la soberanía de los diferentes países latinoamericanos. Estados Unidos busca, en esta oportunidad, disminuir los intentos de integración vigentes en la región o en todo caso capitalizarlos para su propio beneficio.

Hasta el presente en las cumbres hemisféricas las expectativas latinoamericanas de manera sistemática han resultado perjudicadas. Lo fue en la célebre reunión del Congreso de Panamá convocado por Simón Bolívar. Después, en la 1ª reunión celebrada en Washington en 1889 convocada por el Secretario de Estado James Blaine, iniciador del panamericanismo como instrumento de dominación norteamericano. En las realizadas durante la Segunda Guerra Mundial para la defensa hemisférica y también en la posguerra. En 1956, en Panamá el dictador venezolano, Pérez Jiménez, propuso la creación de un fondo de ayuda o desarrollo y el presidente del Brasil J. Kubitschek presentó la propuesta para una «Operación Panamericana», expresando que era difícil difundir el ideal democrático y proclamar la excelencia de la iniciativa privada en el mundo, cuando en el hemisferio predominaban condiciones económico-sociales, reflejos del subdesarrollo, conducentes al estatismo. Ambas proposiciones fueron rechazadas por la administración Eisenhower. En 1967, en Uruguay, la atención de EEUU se-

centró en el caso cubano y logró la ampliación del bloqueo para contener a la Revolución.

En la reunión de Miami se considera como signos positivos el «florecimiento de la democracia en las Américas» y el cambio de orientación de Estados Unidos hacia la región. Eventualmente, llegó, según el presidente Clinton, el momento oportuno para iniciar la «prosperidad compartida [que] pueda unir al hemisferio». Pero más allá de los discursos rimbombantes y de las buenas intenciones, se pueden detectar crudas realidades y enormes intereses que procuran cambios más aparentes que reales. Como dice el refrán popular, del dicho al hecho hay mucho trecho.

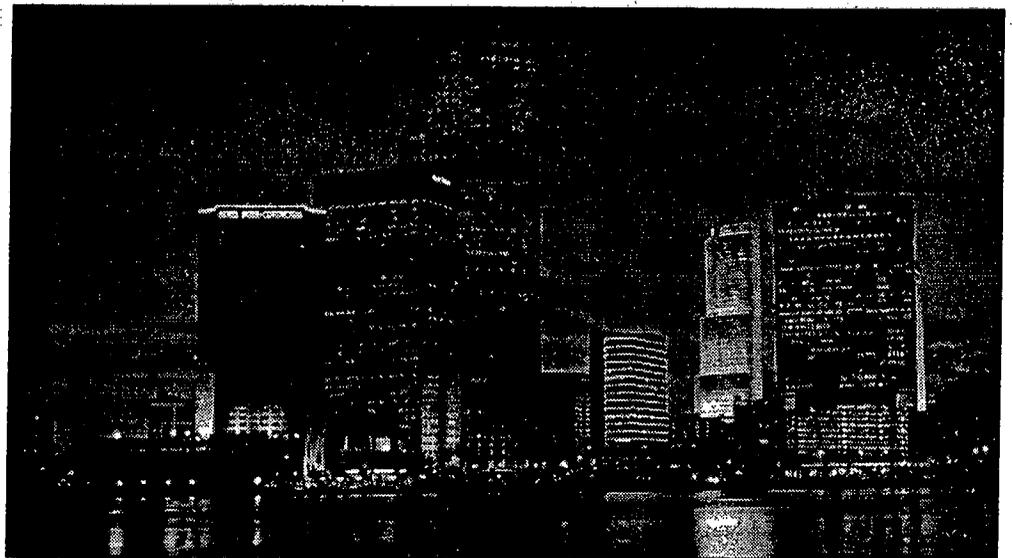
Por otra parte, la reunión presidencial de Miami perdió brillantez ante la situación interna de Estados Unidos. El triunfo electoral de los republicanos y los fuertes signos sobre cambios de la orientación política hacia posiciones conservadora y de derecha están preocupando muy seriamente a la comunidad latina en ese país. No obstante, el Presidente Clinton logró mejorar su imagen al conseguir la aprobación, mediante negociaciones con el Congreso, del Tratado General de Aranceles y Comercio (GATT), considerándola como «fundamental para que EEUU siga liderando el comercio mundial».

También contribuyó a demeritar el evento la selección de la ciudad de Miami como sede, motivando críticas en algunos medios del continente. La ciudad es la mayor plataforma norteamericana de lanzamiento contra la Revolución Cubana o manifestaciones de cambios progresista/nacionalistas en la región: En la ciudad viven connotados conservadores como por ejemplo, los expresidentes León Febres Cordero, del Ecuador, y Hugo Banzer, de

Bolivia. Y en los cementerios de la ciudad se encuentran enterrados los dictadores Gerardo Machado Morales, de Cuba, y Anastasio Somoza, de Nicaragua. A otro nivel, vale la pena recordar, que la importancia de América Latina no puede ser ignorada por la administración norteamericana en estos tiempos de posguerra fría, por cuanto las exportaciones se han duplicado desde 1988; el año pasado, revela la revista Newsweek, alcanzaron los 78 billones de dólares y, según fuentes oficiales, tres millones de empleos en ese país dependen directamente de las exportaciones al hemisferio. En enero de 1994 EE.UU. vendió a Brasil tanto como a China, a México más que a Alemania y Francia juntas, y a Venezuela más que a Rusia, lo que indica que su principal mercado es justamente América Latina. En general, la región está atrayendo ocho veces más capitales internacionales ahora que en los años 80. Un columnista destacaba que antes el dolor de cabeza para los gobiernos era la fuga de capitales. Ahora, en muchos países, el problema es el ingreso desenfrenado de capitales extranjeros. Pero esta observación merece ser revisada con mucha seriedad a la luz de lo que sucede en México.

La importancia geopolítica continúa contando como factor condicionante en las relaciones hemisféricas. En tal sentido, EE.UU. necesita de su hinterland latinoamericano y caribeño como espacio geoeconómico en su afán por mantenerse en la lucha por la hegemonía económica en el sistema mundial. Pero la valoración estratégica ha cambiado. Hoy se busca el desarmamiento y el desmantelamiento de los ejércitos para transformarlos en fuerzas policiales. Ningún país latinoamericano se encuentra entre los diez primeros com-

La selección de la ciudad de Miami como sede motivó críticas: es la mayor plataforma norteamericana contra la Revolución Cubana y contra cualquier movimiento progresista/nacionalista en la región y lugar tradicional de residencia de connotados conservadores, dictadores y corruptos fugitivos...



pradores de armas de los Estados Unidos, que es uno de los grandes negocios de su complejo industrial militar.

A pesar de las buenas intenciones, así como de algunos intentos por moderar los antagonismos surgidos en las últimas décadas, todavía quedan importantes limitantes y resquemores en las relaciones hemisféricas. La deuda externa continúa siendo una carga que obstaculiza el desarrollo de los principales países del área. El aumento vertiginoso de la deuda, a principios de los años ochenta, explicado en gran parte por el aumento de la tasa internacional de interés, que proviene ante todo del déficit fiscal norteamericano, por el deterioro de los términos del intercambio, por las restricciones aportadas por los países industriales (EEUU) a la entrada de productos de América Latina y por la pérdida de poder de compra de los países del área.

El proteccionismo es un asunto que preocupa a los exportadores latinoamericanos. Daniel Samper Pizarro, en un artículo en El Nuevo Herald, dice que Washington presiona de día para que se abran las economías continentales a sus exportaciones, sus inversiones y sus tecnologías; y de noche

estrecha sus aduanas, amenaza a quienes hagan negocios con otros clientes y prohíbe incluso que se ejerza determinadas actividades productivas lícitas en los patios aledaños. Otro tema de fricción lo constituye el tratamiento del narcotráfico. EE.UU. combate la producción y su mercantilización, pero no su consumo, haciendo que el mayor castigo recaiga en la región. El problema de la corrupción fue propuesto por Venezuela como un tema de serio interés, no sólo en el hemisferio, sino también en todas las regiones del mundo. La modernización del Estado, la liberalización, privatización y simplificación de los procesos administrativos reducen las posibilidades de la corrupción. Todos los aspectos de la administración pública en una democracia deben ser abiertos transparentes al escrutinio público.

EL MERCADO SUDAMERICANO COMO RESPUESTA

La actual crisis mexicana y sus implicaciones para el recién creado Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) ponen en una nueva perspectiva los Acuerdos de la Cumbre de Miami. En gran medida evidencia, una vez

más, el hecho de que Latinoamérica debe tomar conciencia de ser una unidad distinta de los Estados Unidos, con una propia identidad y una personalidad aparte. Sin embargo, no es un todo uniforme y de sus diferencias parece presentarse la oportunidad histórica de formarse una «unidad distinta» en Sudamérica. Inmerso en un mundo donde crece la tendencia a la formación de grandes espacios económicos, el continente americano se debate entre dos opciones estratégicas claramente diferentes: una en el norte y la otra en el sur. La primera, inspirada en el libre cambio y representado por el TLC. La segunda, que responde al modelo de integración de la unión aduanera, tiene su exponente de mayor peso en el Mercosur.

Durante los últimos años la integración subregional se ha incrementado de manera espectacular. Diferentes esquemas buscan ampliar los mercados de la región. Entre ellos, el Grupo de los Tres, el Grupo de Contadora, el Pacto Andino, el Mercado Común Centro Americano y el Mercosur. Este último es el que ofrece mayores posibilidades. Cuenta con un espacio económico de cerca de 200 millones de personas y un Producto Interno

Global de aproximadamente 800 mil millones de dólares. Su mercado duplica al de Canadá y produce bienes y servicios que generan un monto que asciende a 630 mil millones de dólares anuales, bastante mayor al PTB de México. La ampliación con un Merconorte parece viable y cuenta con la anuencia favorable de los gobiernos de Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. Declaraciones de los altos dignatarios de estos países dan la impresión de una convergencia de intereses hacia la creación de un gran mercado sudamericano en los próximos años. Brasil tiende a convertirse en el marco de referencia del nuevo polo sudamericano. Brasil es considerado como la China de Sudamérica; un enorme y potencialmente rico mercado que finalmente se abre al comercio y la economía de mercado.

El sociólogo norteamericano Howard J. Wierda, en su «Social Change, Political Development and Latin America Tradition», expresa con cierta ironía que en América Latina, «cuando más las cosas cambian es cuando más permanecen lo mismo». Pero parece que en Sudamérica se están produciendo cambios verdaderos y perdurables.